



ELIZABETH
PETERS

EL LEÓN
EN EL VALLE

Una aventura de Amelia Peabody



La temporada 1895-6 promete ser excepcional para Amelia, Emerson y su precoz hijo de ocho años, Ramsés. Finalmente, la muy codiciada cámara de enterramiento de la Pirámide Negra en Dashoor es de ellos para excavarla. Pero hay un gran mal en el viento que irrita las arenas calientes que barre a través de las bulliciosas calles y el mercado de El Cairo. Sin embargo la suerte cambia cuando Ramsés es secuestrado a la luz de la luna. Toda la excavación se complica por la desgracia y la muerte, y Amelia presiente que su némesis, el Maestro del Crimen, notorio saqueador de los vivos y los muertos, es el culpable. Pero ahora no es la riqueza ilícita lo que motiva al genio malvado. Ahora el premio más valioso y evasivo está a su alcance: la arqueóloga metomentodo que ha jurado entregarlo a la justicia, esta vez no estará satisfecho hasta que la haya capturado.

Nota del editor

En éste, el cuarto volumen de las memorias de Amelia Peabody Emerson (la señora de Radcliffe Emerson), el editor estima una vez más oportuno explicar ciertas anomalías y puntos oscuros del texto. La señora Emerson no fue tan cuidadosa como solía ser a la hora de fechar sus entradas. Parece haber cogido el volumen actual de su diario y garabateado hasta que algo sucedió que la distrajo. Sin embargo, por cierta evidencia interna, parece probable que el volumen actual se refiera a los acontecimientos de la temporada 1895-96. (Los egiptólogos tienden a utilizar este método de fechar, dado que el «año» arqueológico transcurre desde el final del otoño hasta el comienzo de la primavera, el clima de Egipto hace las excavaciones de verano muy difíciles).

Como el editor ha tenido la ocasión de mencionar, los nombres de la mayor parte de las personas implicadas han sido cambiados, para preservar los sentimientos de los descendientes de dichos individuos. El lector informado reconocerá algunos nombres como los de arqueólogos muy conocidos, quienes aparecen sólo periféricamente. La señora Emerson parece haber sido bastante exacta a la hora de describir sus actividades; sin embargo, sería un error grave asumir que fue igualmente exacta en informar sobre sus conversaciones con ella, ya que ella, como su prestigioso

marido, tenía una decidida tendencia de atribuir a otros sus propias opiniones.

Otra oscuridad en el texto (si el editor puede describir los diarios en sí mismos) surge del hecho de que en algún punto la señora Emerson decidió aparentemente redactarlos para una eventual publicación. Fue tan contradictoria acerca de su revisión como lo fue acerca de fechar sus páginas, el resultado de ello es a veces una mezcla rara de estilos periodísticos y novelísticos.

En otras palabras, ninguna de las excentricidades del volumen presente es responsabilidad del editor. Éste ha hecho cuanto ha podido y sugeriría que las quejas, críticas y otros comentarios peyorativos se dirijan a los herederos del profesor y la señora Emerson, no a él.

El señor del temor, grande en fama,
en los corazones de todas las tierras.
Grande en admiración, rico en gloria,
como Set sobre su montaña...
Como un león salvaje en un valle de cabras.

Capítulo 1

—Mi querida Peabody —dijo Emerson—, te ruego me corrijas si me equivoco; pero presiento una disminución de ese ardor inquieto por vivir que es una de tus notables características, especialmente en ocasiones como esta. Desde ese feliz día que nos unimos, nunca una nube ha oscurecido el brillante orbe del éxtasis matrimonial, y esa circunstancia notable deriva, estoy seguro, de la comunión perfecta que marca nuestra unión. Confía, te lo suplico, en el hombre afortunado cuyo designado papel es apoyar y protegerte y cuya felicidad más grande es compartir la tuya propia.

Estaba segura de que Emerson debía haber trabajado en este discurso con antelación. Nadie habla así en el curso de una conversación ordinaria.

Supe sin embargo que la formalidad de su discurso fallaba en expresar adecuadamente la devoción sincera que lo había inspirado. Mi querido Emerson y yo hemos sido una mente y un corazón desde el día que nos conocimos en el Museo Egipcio de Boulaq. (En realidad, nuestro primer encuentro fue claramente amargo. Yo era una mera turista en aquel momento, en mi visita inaugural a la tierra de los faraones; y aún así, apenas hube pisado esa tierra fabulosa que la llama brillante del fervor por la egiptología se encendió en mi pecho, una llama que pronto se convirtió en una conflagración rugiente. Poco sospechaba ese día en

el museo, mientras me defendía enérgicamente contra las críticas injustificables lanzadas sobre mí por el extranjero fascinante, que pronto nos encontraríamos otra vez, bajo circunstancias aún más románticas, en una tumba abandonada en El Amarna. El emplazamiento, al menos, fue romántico. Emerson, confieso, no lo fue. Sin embargo, un instinto sutil me dijo que bajo las observaciones cáusticas y los ceños de Emerson su corazón latía sólo por mí, y, como demostraron los acontecimientos, ese fue correcto).

Su tierno discernimiento no tenía la culpa. Un oscuro presentimiento ensombrecía la alegría que normalmente habría inundado mi ser en ese momento. Estábamos en la cubierta del buque que nos había llevado rápidamente a través del ancho mediterráneo; la brisa de la travesía me erizaba el pelo y tironeaba de nuestras prendas de vestir. Adelante podíamos ver la costa egipcia, a donde llegaríamos antes de que el día finalizara. Estábamos a punto de comenzar otra temporada de investigaciones arqueológicas, la más reciente de las muchas que habíamos compartido. Pronto estaríamos explorando los pasadizos angostos e infestados de murciélagos de una pirámide y la cámara de enterramiento fangosa e inundada de otra, escenas que bajo circunstancias ordinarias me habrían inspirado un temblor de delirante anticipación. ¿Cuántas otras mujeres, especialmente en esta década final del siglo XIX, tenían tantas razones para alegrarse?

Emerson, quien prefiere que se dirijan a él por el apellido, dado que considera «Radcliffe» afectado y afeminado (sus palabras), me había escogido como su socio igualitario, no sólo en el matrimonio, sino en la profesión que tenemos el honor de embellecer. Emerson es el mejor excavador de antigüedades egipcias que el mundo ha visto. No dudo que su nombre será reverenciado como «El Padre de la Excavación Científica» durante tanto tiempo como la civilización aguante sobre este globo problemático. Y mi nombre,

el nombre de Amelia Peabody Emerson, será consagrado al lado del suyo.

Perdone mi entusiasmo, estimado Lector. La contemplación de las excelentes cualidades de Emerson nunca falla en despertarme la emoción. Tampoco su excelencia está restringida a sus cualidades intelectuales. No siento vergüenza en confesar que sus atributos físicos no fueron el menor de los elementos que me hicieron decidirme aceptar su proposición de matrimonio. Desde el pelo negro y brillante sobre la frente ancha al hoyuelo (que él prefiere llamar grieta) en el mentón, él es un modelo de fuerza y belleza masculinas.

Emerson parece ser igualmente apreciativo de mis atributos físicos. Sinceramente, yo nunca he comprendido completamente esta actitud. La mía no es el tipo de belleza que admiro. Los rasgos más bien poco pronunciados, ojos de un matiz más suave y más pálido, una figura más grande en estatura y más refrenada en la región por encima de la cintura, mechones de dorado brillante en vez de negro azabache, son mis ideales de belleza femenina. Por suerte para mí, Emerson no los comparte.

Su gran mano bronceada estaba colocada junto a la mía en la baranda del buque. No era la mano de un caballero; pero para mí los callos y las cicatrices que marcaban esos miembros bronceados y robustos eran insignias de honor. Recordé las ocasiones en que habían esgrimido armas o instrumentos en el curso de sus trabajos; y otras ocasiones en que habían demostrado una delicadeza en el tacto que inducían la más notables de las sensaciones.

Emerson tiene muchas cualidades admirables, pero la paciencia no es una de ellas. Perdida en mis ensueños, fallé en responder inmediatamente a su pregunta. Él me agarró por los hombros y me dio la vuelta para que lo mirara. Los ojos azules ardían como zafiros, los labios retrocedieron para mostrar los dientes blancos y el hoyuelo en el mentón tembló siniestramente.

—¿Por qué diablos no me contestas? —gritó—. ¿Cómo puedes permanecer impassible bajo tal atracción? ¿Qué te adolece, Peabody? Maldita sea si puedo comprender a las mujeres. Deberías estar de rodillas dando gracias el cielo, y a Mí, por la felicidad que te aguarda. No fue fácil, ya lo sabes, persuadir a Morgan para que abandonara el sitio a favor de nosotros; requirió todo el tacto sutil del que soy capaz. Nadie excepto yo podría haberlo hecho. Nadie excepto yo, lo habría hecho. ¿Y cómo me lo devuelves? ¡Suspirando y estando melancólica!

Habría sido inmediatamente aparente, para cualquiera familiarizado con las circunstancias que él describía, que Emerson estaba entrando otra vez en su entrañable hábito del autoengaño. El Director del Servicio de Antigüedades, M. de Morgan, nos había cedido el sitio arqueológico en el cual él mismo había trabajado el año anterior, y que ya había producido varios descubrimientos notables. Sin embargo el tacto sutil de Emerson, una cualidad que sólo existe en su imaginación, no tuvo nada que ver con ello. No estaba precisamente segura de qué había producido el cambio de idea en M. de Morgan. O, para ser más exacto, tenía ciertas sospechas en las que prefería no pensar. Fue una progresión natural de esas sospechas la excusa que ahora pronuncié para justificar mi humor sombrío.

—Estoy distraída por Ramsés, Emerson. Que nuestro hijo se portara tan mal, justo cuando había esperado que podríamos pasar un viaje sin incidente... ¿Cuántos chicos de ocho años, me pregunto, han sido amenazados por el capitán de un buque mercante inglés con pasarlos por debajo de la quilla?

—Eso fue solamente un farol del capitán, una exageración marítima —contestó Emerson con impaciencia—. No se atrevería a hacer tal cosa. No te preocupes por Ramsés, Peabody; hace este tipo de cosas todo el tiempo y deberías estar acostumbrada.

—¿Este tipo de cosas, Emerson? Ramsés ha hecho varias cosas indecibles, pero según todo lo que sé, esta es la primera vez que ha instigado un motín.

—¡Tonterías! Simplemente porque unos pocos marineros ignorantes entendieron mal sus conferencias sobre las teorías de ese compañero Marx...

—No tenía nada que hacer sermoneando a la tripulación, o estando en sus cuartos en primer lugar. Ellos le animaron, Emerson, sé que lo hicieron. Ni siquiera Ramsés habría hablado con el capitán en tales términos si no hubiera sido envenenado.

Emerson pareció que quería protestar, pero dado que compartía obviamente mi opinión se encontró con nada que decir. Seguí:

—Lo que es aún más incomprensible es por qué los miembros de la tripulación soportarían la presencia de Ramsés, mucho menos compartirían su querido grog, como creo que se llama. ¿Qué posible placer podrían encontrar ellos en su compañía?

—Uno de ellos me dijo que disfrutaban oyéndole hablar. El chiquillo tiene una boca afilada, fue la frase exacta.

Una sonrisa reacia le tocó los labios mientras hablaba. Los labios de Emerson están entre sus rasgos más admirables, cincelados y flexibles, formados con delicadeza precisa y todavía sin falta de plenitud. Sentí mis propios labios responder con una sonrisa de respuesta. El marinero indoc-to había dado en el clavo.

—Olvídate de Ramsés —dijo Emerson—. Insisto, Amelia, dime qué te preocupa.

A pesar de su sonrisa él no estaba de buen humor conmigo, el uso de mi nombre propio lo indicaba. «Peabody», mi apellido de soltera, es el que utiliza en momentos de aprobación marital o profesional. Con un suspiro, me rendí.

—He tenido un extraño presentimiento, Emerson.

Los ojos de Emerson se estrecharon.

—¿De verdad, Amelia?

—Sólo estoy sorprendida de que lo compartas.

—No lo hago. En este momento mi corazón está cubierto de las sensaciones más agradables. Ni una nube...

—Ya has dado tu opinión, Emerson. Y me perdonarás por mencionarlo, pero esa metáfora particular...

—¿Estás criticando mi estilo retórico, Amelia?

—Si vas a ofenderte por la cosa más nimia que diga, Emerson, no puedo confiar en ti. No quiero nublar tu felicidad con mis preocupaciones. ¿Estás seguro de que quieres que te lo cuente?

Emerson ladeó la cabeza y consideró la cuestión.

—No —dijo.

—Quieres decir que no estás seguro o...

—Quiero decir que no quiero que me lo cuentes. No quiero oír nada sobre tu presentimiento.

—Pero has preguntado...

—He cambiado de opinión.

—Entonces compartes mi sensación de desazón.

—No lo hacía hasta este momento —gruñó Emerson—. Maldición, Amelia...

—Qué extraño. Estaba segura de que la comprensión entre nosotros era completa.

La expresión en el guapo semblante de Emerson podría haber guiado a un observador a suponer que no era comprensión sino furia creciente lo que hizo que sus cejas bajas y sus ojos se cerraran. Dado que yo misma tenía pocas dudas sobre ese tema, me apresuré a satisfacer la curiosidad que él había expresado algunos minutos antes.

—Naturalmente estoy deseando el trabajo de esta temporada. Conoces mi entusiasmo por las pirámides y uno apenas podría encontrar mejores objetos que los que se localizan en Dahshoor. Yo, particularmente espero con ilusión investigar la cámara de enterramiento de la Pirámide Negra bajo circunstancias más propicias que éstas que rodearon nuestra visita inicial. Las facultades críticas de una no están en su mejor momento después de haber sido arrojada a

través de la oscuridad del Estigio a un hoyo subterráneo inundado y abandonada para perecer allí.

Emerson había soltado su agarre sobre mis hombros y se había girado a la baranda. Con los ojos fijos en el horizonte, dijo rápidamente:

—Tendremos que esperar hasta más adelante de la temporada para explorar la Pirámide Negra, después de que la inundación haya retrocedido a su punto más bajo. Si la cámara todavía está inundada, quizás una bomba...

—Yo también he considerado ese problema, mi querido Emerson. Sin embargo, ese no es el asunto actualmente.

—Una bomba hidráulica, con una manga...

—¿Has olvidado, Emerson, las circunstancias bajo las que entramos en contacto por primera vez con el interior de la Pirámide Negra?

—No soy tan mayor que sufro lapsus de memoria —contestó Emerson irasciblemente—. Ni he olvidado tu respuesta cuando expresé mi intención de morir en tus brazos. Confieso que había esperado un poquito más de aprecio.

—Me entendiste mal, Emerson. Como dije en aquel momento, estaría feliz de que ese arreglo prevaleciera a la inevitabilidad del destino tras nosotros. Nunca dudé ni por un momento, querido, que encontrarías un modo de salir. Y tuve bastante razón.

Me acerqué y me recosté contra su hombro.

—Bien —dijo Emerson bruscamente—. Salimos, ¿verdad? Aunque si no hubiera sido por Ramsés...

—No hablemos sobre Ramsés ni sobre las circunstancias de nuestra fuga. Sabes lo que hay en mi mente, Emerson, estoy seguro que te obsesiona en igual medida. Nunca olvidaré nuestro encuentro final con el canalla responsable de nuestro casi fallecimiento. Todavía puedo ver la sonrisa de burla y oír sus palabras despreciativas. «Esto, entonces, es un adiós. Confío en que no nos encontraremos otra vez».

Las manos de Emerson apretaron la baranda con tal fuerza que los tendones destacaron como trallas. Sin em-

bargo, no habló, así que continué:

—Tampoco puedo olvidar el voto que hice en aquel momento. «Nos encontraremos otra vez, no tema; cazarle y poner fin a sus actividades inicuas será mi objetivo».

Las manos de Emerson se relajaron. En un tono quejumbroso observó:

—Puedes haberlo pensado en aquel momento, Amelia, pero ciertamente no lo dijiste así, no hasta que ese joven mequetrefe del Daily Yell te entrevistó este julio pasado. Deliberadamente me engañaste con esa entrevista, Amelia. Nunca me dijiste que habías invitado a O'Connell a mi casa. Lo pasaste de contrabando y lo sacaste de contrabando, e instruiste a mis propios sirvientes para mantenerme en la oscuridad...

—Sólo trataba de ahorrártelo, querido, sabiendo cómo te disgusta el señor O'Connell. Después de todo, una vez lo pateaste escaleras abajo...

—Yo no hice tal cosa —dijo Emerson, que se lo creía honestamente—. Pero quizás lo habría hecho si le hubiera agarrado en mi salón sonriendo burlonamente, mirando de reojo a mi mujer y preparado para imprimir una bola de mentiras acerca de mí. Su historia era absolutamente vergonzante. Además, era inexacta.

—Ahora, Emerson, debo diferir contigo. Estoy segura que uno de nosotros lanzó ese desafío al Maestro Criminal; quizás fuiste tú quien lo dijo. En la entrevista puedo haber omitido algunas de las actividades de Ramsés, ya que desapruebo completamente dar a los niños una opinión demasiado alta de sí mismos. En todos los otros asuntos el informe fue enteramente exacto y ciertamente no me avergonzó. ¿No puedo alabar a mi marido por su valor y fuerza, y elogiarle por rescatarme de una muerte certera?

—Eh... ummm... —dijo Emerson—. Bien, pero Peabody...

—Recuerda mis palabras, Emerson, no hemos visto lo último de ese canalla. Logró escaparse, pero frustramos su

complot y le privamos de su tesoro ilícito. No es un hombre que acepte la derrota sin una tentativa de vengarse.

—¿Cómo puedes decir eso? No sabes nada sobre ese hombre, ni su nacionalidad.

—Es inglés, Emerson. Estoy convencida de ello.

—Hablaba árabe con tanta fluidez como el inglés —indicó Emerson—. Y nunca viste su cara cuando no estaba envuelta en el pelo. ¡Nunca en mi vida he visto una barba así! ¿Le reconocerías si le vieras otra vez sin barba?

—Ciertamente.

—Bah. —Emerson puso el brazo encima de mis hombros y me atrajo más cerca—. Bien, Peabody, admito que nada me daría un placer más grande que darle un puñetazo a ese cerdo en la nariz, y si se mete en nuestros asuntos trataré con él como se merece. Pero no tengo intención de buscar problemas. Tengo mejores cosas que hacer. Prométeme, Peabody, que irás adecuadamente preparada cuando vayas sola.

—Oh, ciertamente, mi querido Emerson.

—Prométemelo.

—Te prometo que no iré buscando problemas.

—¡Mi querida Peabody! —Emerson me atrajo a un abrazo cariñoso, sin importarle los marineros que miraban.

Tenía toda la intención de cumplir mi palabra. ¿Por qué buscar problemas cuando es seguro que los problemas te buscan a ti?

Después de desembarcar en Alejandría, abordamos el tren para El Cairo. El viaje tarda solamente unas cuatro horas, y es considerado algo tedioso por la mayoría de los viajeros, dado que la ruta cruza las monótonas llanuras aluviales del Delta. Al ojo entrenado de un arqueólogo, sin embargo, cada montículo o «tell» indica la presencia de una ciudad enterrada. Ramsés y Emerson discutían constantemente acerca de la identificación de estos sitios, una discusión en la que no tomé parte ya que no veo el sentido de discutir asuntos respecto a los cuales se conoce tan po-

cos hechos. Como les dije, sólo la excavación determinará la verdad.

No fue hasta que estuvimos a pocos kilómetros de nuestro destino que la vista se avivó con la vista de las pirámides de Giza allá en la distancia púrpura, encuadradas por las colinas bajas de Libia. Era siempre en este momento, y no en el muelle lleno de gente de Alejandría, que sentía que había llegado realmente a Egipto.

Emerson me sonrió en silenciosa comprensión antes de volverse para darse un banquete de la gloriosa vista con los ojos. Maldiciendo había consentido en ponerse el nuevo traje gris, y parecía especialmente guapo, aunque confieso que el físico espléndido de Emerson muestra su mejor ventaja con su ropa de trabajo, pantalones andrajosos y una camisa arrugada abierta en la garganta, con las mangas enrolladas desnudando los antebrazos musculosos. No llevaba sombrero porque Emerson se niega constantemente a llevar sombrero incluso al trabajar bajo el sol abrasador, y está más allá de mis dotes de convicción (por extensas que son) vencer ese prejuicio suyo.

La elegancia de su apariencia sólo se estropeaba ligeramente por el gran felino moteado encaramado en su rodilla. La gata Bastet miraba fijamente por la ventanilla del tren con un interés tan agudo como el de Emerson, y me pregunté si ella se daba cuenta de que había regresado a la tierra de su nacimiento. Ramsés habría declarado que lo hacía, pero él tenía una opinión exagerada de la inteligencia de la criatura. Compañera constante desde que se había unido a nuestra familia varios años antes, ahora era una viajera experimentada ya que Ramsés insistía en llevarla con él a dondequiera que fuera. Debo decir que ella era mucho menos problemática que su joven amo.

Ramsés, ¡ah, Ramsés! Mi pluma elocuente vacila cuando procuro en unas pocas palabras transmitir la compleja personalidad contenida en el cuerpo del chico de ocho años que es mi único hijo. Algunos egipcios supersticiosos de-